

## UN TRASFONDO EN "DE VITA FVNGIVM"

Juan Ezequiel Morales

CATALOGO Exposición "De Vita Fvngivm". Las Palmas Gran Canaria. 1993

En cierta ocasión hablaba con un común amigo de Alfonso Crujera y mío, pintor, acerca de la inutilidad sustantiva de la crítica de arte, y terminamos de acuerdo en que la única crítica aceptable es la complicidad en el intento.

Ahora acabo de hablar con Alfonso Crujera en una mesa del Hotel Madrid, y me ha comentado que el título de esta serie de grabados sobre madera, "De Vita Fvngivm", es un título poético que le debe a Ángel Sánchez, quien así denominó la serie de cuadros después de haberla visto sin saber nada sobre ella, ni haberle revelado las intenciones que movieron a Crujera a realizarla, y que él estima intenciones herméticas y reflexivas a la vez, que se apartan de las razones de arte a la carta y se sitúan en la atemporalidad del intento.

De aquí que, más que nunca, pueda yo ahora, fiel al acuerdo al que llegué en aquella ocasión que cité al principio, ser cómplice de la pintura de Alfonso Crujera y del título poético que le ha dado Ángel Sánchez, todo a la vez, de la siguiente manera.

"De Vita Fvngivm" es un latinajo que se traduce: sobre la vida de los hongos. La preclaridad de Sánchez para con el arte moderno sale siempre exitosa a la hora de describir propuestas plásticas en dos o tres palabras, lo cual me ayuda a comenzar esta reflexión retrotrayéndome a unos quince años atrás.

Era en La Laguna, y en una noche fría y lluviosa, que merodeábamos Alfonso Crujera y yo por los pocos "pub" que allí había, hasta que tropezamos con Antonio Zaya en el "Mamouth". Uno de sus ojos estaba lisérgicamente afectado y, sin embargo, permanecía valientemente en pie. La psicodélica de la ocasión nos llevó a hacer un recuento de los últimos experimentos con la "Datura Stramonium" que habían hecho que Fulanito de Tal o Menganito de Cual se sintiera ave rapaz y, al intentar subir al espaldar de una silla con su vuelo, ésta cayera al suelo rompiendo la rabadilla del visionario. El entonces y siempre joven autor de "El Don de Vorace", paradigma del misterio humanístico de la Universidad de La Laguna moría autogaseado y daba pábulo a que una turbamulta de jóvenes poetas y narradores se lanzaran a escribir el mejor epitafio. Al fin, juegos de niños, pero juegos, a la vez, llenos de la sinceridad y, en cierto modo, la heroicidad que crecía a la sombra de la dictadura política cuya falta ha embrutecido a los artistas de hoy poniendo, donde antes había pseudoprotohéroes, a completos payasos que no saben de qué va ni la vida ni la muerte.

En efecto ¿qué arte va a hacerse en un mundo descompuesto sino un arte descompuesto? Walter Benjamín, Georg Lucaks, y otros viejos pensamenteros, averiguaron intelectualmente hace tiempo que el arte es reflejo de su tiempo; ahora no se necesita ser catedrático para estar de acuerdo con tan feliz conclusión, de la misma manera que no es preciso leerse "Das Kapital" de Marx para poder elucubrar que el solidarismo humano es un invento que no funciona. Sin embargo, una vez descubrimos la energía atómica, lo propio es pasar a fabricar una bomba o a construir una central que dé luz a un territorio necesitado. Eso es lo que ocurre con el

núcleo del arte moderno: ha explotado, se ha descubierto su fusión y su fisión, y por tanto dos caminos a tomar: seguir o dejarlo.

De cómo seguir podríamos encontrar el prototipo en una frase lúcida del artista Jeff Koons que nos recordaba hace poco Kevin Power: "La abstracción y el lujo son los perros guardianes de la clase alta". Abstraer sin magia y vender lo abstraído es ni más ni menos que una vergonzante "petitio" a la clase alta para que mantenga al artista y sus productos a buen recaudo, en el estado de bienestar y de la manera más facilona: vendiéndose, prostituyéndose. Eso es hacer arte sin magia. Y por tanto, así, a todo lo que se puede aspirar es, como Koons, a hacer arte casándose con Yllona Staller, la Ciccillina.

Sobre cómo dejarlo podríamos encontrar el prototipo en la fabricación de un tambor por un mago, de un tanka por un monje tibetano, o de una virgen por un imaginero, de donde veríamos con mayor claridad que desde que Miró hizo el logotipo de "La Caixa" la magia del arte "a la" occidental la detenta el negociante que está detrás: el artista es un pelele. Por eso es lo mismo un artista que un diseñador, un modisto o un linotipista; sólo se diferencian por la minuta de honorarios, pero hasta fumar fuman con el mismo "rictus".

De fumar trata, al fin, la relación cómplice que, gracias al título de Ángel Sánchez, me retrotrajo al tiempo en el que el humo de los "magic mushrooms" era absorbido por todos aquellos que incursaban el arte como un lugar donde podía habitar algo que alienara al hombre que quiere vivir de la dictadura que le quiere matar. Eran Woodstock o Wight, eran California o Katmandú. El tiempo ha convertido a Jim Morrison en un esqueleto lleno de gusanos al que no se puede adorar sin náuseas, a los Beatles los han sustituido los "punkies". Timothy Leary no habla del "Libro Tibetano de Los Muertos" en relación al LSD, sino que es un loco de los ordenadores y el espacio virtual, muchos "hippies" que iban a Katmandú son delincuentes con varios años de cárcel, muchos artistas que rescataban la esperanza del más allá sólo piensan en vender o en ser carne de coleccionistas, y por tanto: los hongos liberadores son veneno castrador de la mente.

"De Vita Fvngivm" es una serie de conceptos grabados por Alfonso Crujera al final de ese tiempo de transición en el que todavía estamos. Parecen materializaciones en un mundo que pugna entre lo material y lo inmaterial. "De Vita Fvngivm", de la vida de los hongos, un aviso en una época en que lo mejor que se hace con ellos es no tocarlos: no comerlos, no fumarlos. Igual que con el arte.